

# Ciclones y Huracanes Tropicales

Por M. GUTIERREZ LANZA, S. I. *set 21/48*

Reproducimos a continuación un trabajo del padre Gutiérrez Lanza, en que el sabio cubano explicaba la génesis y característica de los ciclones tropicales:

Los ciclones pueden considerarse en Cuba como un factor climatológico importante, comprendiendo bajo este nombre, no sólo los huracanes devastadores que con relativa frecuencia nos visitan, sino también las perturbaciones de carácter giratorio de más o menos moderada intensidad. Los ciclones si bien es grande el pánico que infunden al pueblo, y muy lamentables las pérdidas que causan en vidas y haciendas, ejercen sin embargo favorable influencia por las grandes lluvias que originan y hacen subir notablemente la producción. El mes de octubre es el más temible en la Isla sobre todo en su mitad occidental. La mitad oriental resulta menos castigada.

El ciclón es un inmenso remolino de agua y viento formado en el seno de la atmósfera y animado de movimiento de traslación sobre tierras y mares, llevando en su compañía la desolación y la muerte. En él las corrientes forman espirales convergentes de débil tendencia ascensional, centrípetas en un principio al penetrar por la base del torbellino, circulares al llegar a cierta altura de máxima actividad y concentración de fuerza, y más y más divergentes según vayan alcanzando mayores alturas, hasta llegar a tomar una dirección radial en las más elevadas regiones atmosféricas. Enormes cantidades de vapor de agua, arrastradas por las corrientes superficiales al interior del remolino y convertidas en lluvias torrenciales, desprenden, al cambiar de estado, todo su inmenso calor latente y constituyen el combustible de esa gran máquina de destrucción. Sin lluvias no hay huracán, y si ya formado éste, aquéllas cesasen bruscamente, esto sólo sería la sentencia de muerte para el gigante torbellino.

El huracán de las Antillas no queda estacionario: nace, por lo general, en mares tropicales, al este o en el seno de las Antillas, emprende rumbo hacia el oeste con inclinación al norte, lenta primera y rápida después; recurva al nordeste y va a morir en las regiones septentrionales de Europa. Su camino mide muchos centenares de kilómetros de ancho y miles de millas de largo, sembrando pavorosa devastación. Cuanta sea esa

devastación de un solo huracán típico de las Antillas, sólo podría saberlo quien, colocado en medio de ese colosal torbellino, y abarcando de una mirada en cada momento el vasto campo que envuelven sus enormes espirales, avánzase con él, paso a paso, oyendo todos los rugidos de los vientos y todos los bramidos de la mar, contando una por una todas las trágicas escenas, los cuadros de exterminio, los montones de cadáveres, los ayes de pavorosa agonía, causados en mar y tierra por un solo ciclón, desde los primeros resoplidos acabado de nacer hasta el último rugido de satisfacción lanzado al expirar, harto de ruina y de matanza, y dirigiendo su feroz mirada al inmenso rastro de muerte y desolación que ha dejado en pos de sí.

Las grandes catástrofes de los tiempos antiguos, causadas por los ciclones en mar y tierra, eran debidas en su mayor parte a la falta absoluta de noticias del peligro que se venía encima. El huracán caía siempre de sorpresa. Hoy el peligro es apenas sombra del que existía en las edades pasadas. Hace medio siglo que el tributo de vidas y haciendas, que pasaba sobre estas islas y mares antillanos ha ido decreciendo de año en año hasta ser hoy relativamente insignificante, a no ser para los que voluntariamente se despreocupan. Hoy sorprende el ciclón al que quiere ser sorprendido.

M. Gutiérrez Lanza, S. I.

*M, Sep 21/48*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA